

AMOR Y MUERTE EN LA POESIA ULTIMA DE JAVIER SOLOGUREN

I

Amor y muerte han sido desde siempre terreno fértil para la poesía. Desde las antiquísimas canciones mágicas pasando por los ditirambos griegos, los barrocos españoles y los harawis andinos, amor y muerte se han aliado en un extraño matrimonio cuya naturaleza todavía no deja de desconcertarnos. Esquiva a definiciones y preceptos, la poesía canta allí donde callan la lógica y la razón (recordemos que la lógica no es más que la formalización del razonamiento mediante el lenguaje), por eso funda su raíz en el silencio y no pocas veces nos recibe con un hermoso, pero desolador vacío.

Todos nos hemos enamorado alguna vez, todos algún día moriremos. Estos hechos se repiten patéticamente en cada individuo desde hace milenios, pero conservan intacta su naturaleza intrínseca de gozo y de dolor. Fue en la Edad Media, luego que la peste devastara Europa en el siglo XIV, que apareció la Muerte personificada en un esqueleto inoportuno portando su guadaña y diciendo: "Yo só la Muerte cierta a todas criaturas / que son e serán del mundo durante"¹. Se trata de una Muerte realista que dialoga con sus criaturas en toscos dodecasílabos o forzando una horrible mueca en los grabados de Holbein. Curioso que en ninguno de los códices de la *Danza de la muerte* que se conservan en español aparezca "El enamorado"; su presencia hubiera servido para interrumpir una vez la morosa relación de arquetipos laborales para dar paso a la individualidad, por demás inexistente en la literatura del medioevo.

En el tesoro del viejo romancero español, hay un romancillo que narra la historia de un sueño: al enamorado se le aparece "una señora tan blanca / muy más que la nieve fría" a quien se confunde con el Amor. Se trata de la Muerte que viene a llevarse al enamorado, quien ruega le sea concedido el plazo de un día. "—Un día no puede ser", responde la Muerte, "una hora tienes de vida". Rápidamente, el enamorado se dirige a la casa de "su niña" explicándole su situación; al estar ausentes sus padres la entrevista es impropia, pero la amada accede y le arroja desde la ventana un cordón para que suba. El resto es historia conocida: "La fina seda se rompe ;

1. *La Danza de la muerte*, Texto de El Escorial (s. XV). Clásicos El Arbol, Madrid, 1981.

/ la Muerte que allí venía: / –Vamos, el enamorado, / que la hora ya está cumplida”.

El romancillo, como todo poema de muerte y de amor, todavía nos emociona y perturba; su atemporalidad aparente es en realidad una temporalidad terrible por intensa y sobrecogedora. ¿Será quizás porque la muerte tiene instalado su reino más allá del futuro?, ¿será que el amor relativiza el presente y lo perpetúa más allá de nuestra memoria? No lo sé. Mientras no se responda a esas interrogantes el hombre no se desprenderá de esos grandes temas y seguirá asomándose con conmovedora temeridad a los bordes de ese hermoso pero desolador vacío.

II

Partiendo de la anécdota propuesta por el romancillo novelesco, Javier Sologuren compuso un breve poemita cuyo título –“el enamorado y la muerte”²– hace más específica su relación textual:

boca para secarse
pecho para secarse
vientre para secarse

memoria sangre inútil

No resulta difícil colegir que en este poemita está la semilla de *Folios de El enamorado y la muerte*³: la proyección de la muerte instalada en el objeto erótico y su continuo diálogo con el enamorado será el gran tema desarrollado en este libro, publicado diez años después.

Hay en *Folios...* una voluntad por encarar de frente ese vacío con que muchas veces nos recibe el ejercicio poético, análogo en este caso al ejercicio erótico. Será necesario recordar que “Epitalamio” es una composición escrita en celebración de una boca para comprender el poema que lleva por título ese nombre: en él los amantes muertos (enterrados) iluminan a los amantes vivos (“los dichosos los trémulos”) que retozan a ciegas entre las yerbas que a los otros cubren. Invocada por la pasión de estos amantes, la memoria de los muertos atraviesa el túmulo para compartir con ellos el amor: “nos crecerán entonces los recuerdos / se abrirán paso por la tierra / se arrastrarán en la yerba / se anudarán a sus cuerpos”. Los amantes irradian amor más allá de la muerte, y estamos muy cerca del tópico quevediano que contrasta curiosamente con la amarga lección del poemita de *Surcando el aire oscuro*. Nótese que mientras en “Epitalamio” es la memoria quien trasciende la muerte para iluminar “con imprevistos resplandores” a los amantes; en aquél es sólo “sangre inútil”. Se trata de una semilla, sí, pero de una semilla que actúa por oposición,

2. *Surcando el aire oscuro*, 1970.

3. *Folios de El Enamorado y la Muerte & El amor y los cuerpos*. Seglusa Edit. y Editorial Colmillo Blanco, Lima 1988.

ya que en este caso es el *Eros* quien se instala positivamente en los dominios del *Thánatos*.

En "continuo 1", Sologuren vuelve a contrastar el seco cuerpo del cadáver (del potencial cadáver que son todas las criaturas) con el complejo tejido de la sangre revelando al mundo:

se teje todo en la sangre la luz del día los transparentes rumores del
aire alto la ola rosada de la bellísima sobre las calientes tejas las no-
ciones el concepto de justicia la sapiencia de tu piel el querer el no
querer la apertura del follaje el polvo último el amorelamorelamor las
quimeras el amorelamor en la sangre que es el tiempo sangre y tiempo
corceles sólo destellos rumores fluviales fervores sangre y tiempo
convergencia única posible poesía tejida como todo en la sangre

Este poema se torna dramático si lo confrontamos con aquel "memoria sangre inútil" de "el enamorado y la muerte", pues nos recuerda con dolor la precariedad de la vida y su frágil sustento en la memoria. Esta precariedad, sin embargo, cuenta con el conocimiento que transforma en poética la experiencia de acercarse a ese hermoso, pero desolador vacío del que hablábamos. En "dos o tres experiencias de vacío" el *saber* se halla duramente cuestionado y sufre, a modo de las paradojas Zen, una degradación necesaria para la adquisición de dos o tres únicas certezas. Es interesante comprobar que las experiencias (numeradas en el poema) son cinco, y no "dos o tres". Se trata evidentemente de una paradoja deliberada: la degradación del *saber* lleva a una no correspondencia entre título y poema porque "medir es un necio pasatiempo / llevar / un hecho / a una / escala desconocida / dentro de un / ilusorio sistema". ("a la sombra de las primicias del verano").

Muy lejos estamos —y muy cerca— de esa muerte arcádica y hermosa que el poeta nos propuso en "Morir" (*Detenimientos*, 1947), donde cada verso reitera anafóricamente esa muerte infinitiva desprovista de todo dolor y plena de toda belleza. En uno de los versos, sin embargo, patentiza la fragilidad del amor y la enlaza con la experiencia del vacío: "Morir en una súbita burbuja de amor a punto de no ser más que vacío". El tercer poema de *Estancias* (1959) es un breve monólogo que supone a la Muerte como llamada interlocutora:

Yo sé, Muerte,
que siempre
tienes la puerta
abierta.
Y tocaré.
Y sentiré
la sangre misma
su libertad
tocar el cielo
con relámpagos
nuevos.

No se trata del enamorado sorprendido que pide, como en el romance, un día más de plazo; sino de un *yo* que sorprende a la Muerte para liberarla en el instante mismo del supremo encuentro.

III

Es notorio que, conforme evoluciona, la poesía de Javier Sologuren se va alejando paulatinamente de sus preocupaciones iniciales, ya sea ahondándolas, perfeccionándolas o simplemente cancelándolas. Si la muerte tenía un carácter arcádico y hermoso se tornará con el tiempo en angustiosa y terrible. (En *la hora*, actualizando viejas figuras medievales, nos dice: “asistimos a una apoteósica danza de la muerte / al espectáculo del siglo / con comparsas masivas / y coreografías de inenarrable pesadilla / con nubes de cercenado esplendor / pero eficazmente radiactivas”). Si el amor era la experiencia suprema de perfección (“rueda de dulces tinieblas / agitando el corazón con su música profunda”) ahora, ante la presencia inminente y desestabilizadora de la muerte, intensifica su erotismo, su apego a la vida vivida. Por eso la “burbuja súbita” se convertirá en una “esfera de agua”:

tu cúpula exacta
 esfera de agua
 con su azafranada piel
 entonces
 serás el represado seno
 el surtidor
 de la celeste leche
 entonces
 te tomaré en mis manos
 te pondré encima mis labios
 te sellaré para siempre

(esfera de agua)

Pero amor y muerte están aliados en un extraño matrimonio cuya naturaleza todavía no deja de desconcertarnos. Poco harán estas palabras por desentrañar algo la poesía de Javier Sologuren si no aceptamos ese contubernio: quizás nos ilumine como a los trémulos amantes y podamos imaginarnos “peinados por desmesurados imprevistos resplandores”.

Eduardo Chirinos